
Pax Columbianæ: Un análisis del discurso del presidente Álvaro Uribe Vélez sobre la paz entre agosto de 2002 y agosto de 2003*

Alejandro Carvajal Pardo**
alejocarva@puj.edu.co

Resumen

El discurso es, a la vez, un campo donde se libra la batalla por el poder y el poder mismo por el que se combate. Usando los principios del Análisis Crítico del Discurso, este artículo deconstruye el entramado discursivo del presidente Uribe Vélez en torno a la paz durante su primer año de gobierno. El discurso que Uribe encarna, partiendo del entendimiento de que la paz es el goce de los derechos fundamentales, presenta tres niveles, uno superficial y dos velados, termina reivindicando la paz

como la expansión de la racionalidad política y el avance constante de las tropas, al mejor estilo de la *Pax Romanae*.

Palabras clave

Paz, discurso, guerra, racionalidad, Estado, poder, Álvaro Uribe, Colombia.

–Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

* El presente artículo es una presentación breve, con alguna recontextualización, de la investigación extensa hecha por el autor durante al año 2005. Una segunda fase del trabajo, que abarque el primer año del segundo mandato del presidente Uribe, está en vías de producción. El objetivo final es un estudio comparativo de la construcción discursiva en los dos periodos.

** Alejandro Carvajal es profesor del Departamento de Ciencia Jurídica y Política e investigador del grupo DEIS de la Pontificia Universidad Javeriana, Cali. Politólogo egresado de la Pontificia Universidad Javeriana.

—*Bien parece —respondió Don Quijote—, que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes, y si tienes miedo quítate de ahí y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.*¹

Hace mucho tiempo, dos mil años aproximadamente, una unidad política particular logró mantener por siglos un modelo específico de paz: la *Pax Romana*. Consistía en que un mismo poder se extendiera entre las fronteras de un inmenso imperio y llegase hasta su último rincón. Éste aseguraba que todos los habitantes de ese territorio mantuviesen un orden determinado. Y de hecho, la mayoría de sus pobladores quería mantenerlo (grandes esfuerzos se hicieron por evitar su derrumbe) porque les permitía desempeñar las actividades que generaban su prosperidad.

El presidente Uribe gobierna Colombia desde hace poco más de cuatro años. De ser un candidato un tanto marginal del liberalismo antioqueño, y además un disidente de su partido, pasó a ser en seis meses el principal competidor del hasta entonces candidato favorito (y además postulado oficial del partido liberal), Horacio Serpa. Cinco meses después arrasó con él en la primera vuelta de las elecciones (53.048% de los votos a favor de

Uribe contra 31.803% a favor de Serpa).² Desde entonces ha gobernado al país con su particular estilo: su forma austera, rústica, heroica y disciplinada de presentarse y sobre todo con la tendencia a concentrar sobre sí todas las labores y responsabilidades.

Álvaro Uribe ha sido un líder sorprendentemente aglutinante para la mayoría de los colombianos, o por lo menos para los que se acercan a las urnas. Y, aunque se ha ganado muchas críticas, mantiene unos niveles de popularidad inusitados (por lo menos entre aquellos a quienes se encuesta).³ Ha llegado al punto de lograr que el Congreso apruebe y la Corte Constitucional declare exequible un Acto Legislativo para cambiar la Constitución según el cual el presidente fue elegido para posibilitar su reelección inmediata. Como si esto fuera poco, ganó las subsiguientes elecciones con diez puntos porcentuales más que en la primera ocasión.

Hay un magnetismo en él que atrae a casi todos. Éste radica en un discurso que se dirige a una población receptiva por estar atribulada por la violencia. Él mismo lo ha dicho: “El presidente dirigirá el orden público como corresponde en una sociedad democrática en la cual la fuerza pública respeta a los gobernantes de elección popular. Colombia sin guerrilla

¹ Miguel de Cervantes Saavedra. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* (Londres, Madrid, Nueva York: W.M Jackson, Inc., editores), V.1, P.56.

² Colombia, Registraduría General del Estado Civil, [http://www.cne.gov.co/elecciones/presidente 2002](http://www.cne.gov.co/elecciones/presidente%202002).

³ En el 2004, según el Latinobarómetro, Uribe era el presidente con mayor popularidad en América Latina (Véase *Revista Semana* 1.164, año 2004, p54). Además, durante sus dos primeros años de gobierno, el índice de aprobación de su gestión fluctuó entre el 68% y el 80% (Cfr. *Revista Semana* 1.171, año 2004, p38ss).

y sin paramilitares. La autoridad legítima del Estado protege a los ciudadanos y disuade a los violentos. Es la garantía de la seguridad ciudadana durante el conflicto y después de alcanzar la paz”.⁴

Detrás de semejante empresa hay una idea de futuro que posibilita toda esta dinámica; la de Colombia en paz:

1. Sueño con una Colombia con predominio de una clase media democrática, tolerante, solidaria y respetuosa con el medio ambiente.
2. Sueño con una Colombia en la que todos podamos vivir en paz, resolver nuestras diferencias pacífica y creativamente, gozar en familia de nuestras carreteras, paisajes y ríos. Sentir con ilusión que nuestra Patria nos pertenece y que debemos cumplir seriamente nuestras obligaciones con ella. Una Colombia con autoridad legítima y cero poder para los violentos.
3. Sueño con un país democrático en lo político y en lo económico. Con oportunidades para todos. Con un país de propietarios, con una revolución de impulso a la micro, pequeña y mediana empresa.
4. Sueño con un Estado al servicio del pueblo y no para provecho de la corrupción y la politiquería. Hoy el Estado es permisivo con la corrupción,

gigante en politiquería y avaro con lo social.⁵

¿Qué significa esa paz? ¿Cuáles son sus características? ¿Qué es lo que *dice* Álvaro Uribe Vélez para convencer a tantos de que hay que luchar por *su* paz y de que todo lo que se haga en esa lucha está bien hecho o es tolerable? ¿Cómo lo dice? ¿Cómo lo construye? ¿Cómo convence? En últimas, ¿de qué forma construye en su entramado discursivo Uribe Vélez la idea, categorías y variables de la paz y entrecruza sus niveles hasta convertirla en una forma operativa de poder, durante el periodo que va de agosto de 2002 a agosto de 2003?⁶

De Foucault a Van Dijk y viceversa: una anotación importante

Este trabajo está epistémicamente fundado sobre el paradigma hermenéutico. La objetividad absoluta no existe. Y si acaso existiere, sería en extremo dificultosa y hartamente inocua en el estudio del discurso, un fenómeno que aunque trasciende y configura los sujetos, sólo es posible en tanto estos existen. Y si a pesar de todo se concediese que la objetividad existe y que es útil para estudiar el discurso, pretender tenerla sería muy peligroso porque, ¿quién sería acaso el inquisidor que determinaría dónde está ella? Por lo tanto, este trabajo parte del interés particular del autor por

⁴ Uribe, Álvaro. *Cien Puntos*. Nos. 26 y 30.

⁵ *Ibid.* Nos. 1-4.

⁶ Este periodo fue escogido de acuerdo con tres criterios: 1º, que es un lapso manejable para la investigación; 2º, que corresponde aproximadamente al tiempo que va desde la posesión de Uribe como presidente (7 de agosto de 2002) hasta el Acuerdo de Santa Fe de Ralito (10 de julio de 2003), que marca un hito en su política de guerra y de paz; y 3º, que los discursos de este periodo están oficialmente editados y publicados por la Oficina de Prensa de la Presidencia de la República.

el poder y de su deseo por deconstruir su edificio piedra por piedra.

Ante la inquietud por un cierto fenómeno, delimitada y justificada al principio de este trabajo, he escogido autores que pueden ayudar a explicarlo, y de los que tengo cierto conocimiento porque beben de corrientes teóricas que he explorado: *deconstrucción* (o *genealogía*) y *crítica* (esta última entendida como estructuralismo crítico, crítica social y crítica textual). Ellos son Michel Foucault y Teun Van Dijk.

Además, en cada uno de los dos autores escogidos abunda lo que en el otro escasea. Foucault brinda una estructura filosófica contundente; pero él mismo sugiere que su trabajo ha sido tan particular y su proceder tan contingente al interés que lo guía en cada momento -y tal vez precisamente por eso tan eficiente- que la peor manera de emularlo sería esperar encontrar en él un método. Y Van Dijk se ha concentrado tanto en armar su instrumental, que no teme admitir que el Análisis Crítico del Discurso (ACD) acepta múltiples enfoques teóricos, siempre que estos sean funcionales a su propósito de crítica social-textual.⁷ Por eso los autores resultan complementarios.

Pero la dinámica no es tal que alguno de los dos pueda reconocer en el otro a

su espejo. Una metáfora más afortunada sería decir que el gran espectro del análisis del discurso podría representarse como un mismo lago en el que se encuentran, entremezclan, retuercen y escinden diversas calidades de líquido. Foucault sería un afluyente de este lago y Van Dijk un canal por donde desagua una combinación específica.

Para Foucault, el autor es un enrarecimiento más del discurso, una forma más de control que hay que demoler sistemáticamente para entenderlo. Para Van Dijk, el autor personal es el agente instrumental, el intermediario, de un agente mayor: el grupo dominante, en este caso la élite simbólica. Irónicamente, un autor llamado Álvaro Uribe Vélez (o un grupo de autores, tanto cuanto intervengan sus asesores en la elaboración de sus piezas discursivas) es el que permite que estas dos visiones epistémicas se encuentren en un mismo campo específico de estudio.

Crítica y genealogía son prácticas siamesas. El espíritu de la genealogía, parafraseando a Foucault, es el de un positivismo frugal, sustancioso por sencillo, incisivo por ligero. Aquí me especializo, siguiendo a Van Dijk, en la crítica. Pero ésta no puede dejar de caminar con su hermana siamesa; por eso el ejercicio hermenéutico está fundado en la observación

⁷ Van Dijk, Teun A. "Discurso y dominación", en *Grandes Conferencias en la Facultad de Ciencias Humanas* No. 4, febrero de 2004. P. 8: "El ACD se enfoca en los grupos e instituciones dominantes y en la forma en la que éstos crean y mantienen la desigualdad social por medio de las comunicaciones y el uso de la lengua (...) también (...) en la forma en la que los grupos dominados se resisten y oponen discursivamente a dicha dominación. (...) El ACD podría hacer uso de cualquier teoría o método de Lingüística, análisis del discurso y las ciencias sociales en la medida en que contribuyan a un análisis crítico".

empírica del texto. Mi pretensión investigativa es acercarme al objeto de estudio con una inocencia maliciosa.

Metodología

En principio se tomó una población de 115 discursos, correspondientes al periodo delimitado, publicados por la Presidencia de la República en la internet y en físico. De entre ella se seleccionó aleatoriamente una muestra de 50 discursos. Después de realizar su lectura, se redujo la muestra a los 32 que aludían directa o indirectamente al tema de la paz. De ellos, se restaron 6 que se consideraron como repeticiones muy obvias de otros.

A estos 24 se les hizo un análisis previo, consistente en la aplicación de una matriz de selección con los siguientes criterios:

- que fuera un texto seguido, no una conversación;
- que fuera acentuada la caracterización de al menos una identidad;
- que se caracterizara al menos otra identidad;
- que evidenciara la omisión de enlaces;
- que contuviese lexicalizaciones problemáticas;
- que hiciese uso de recursos retóricos y
- que tuviera indicios fuertes de actos de habla indirectos.

Finalmente se escogieron cinco textos que cumplían estos parámetros. A ellos se les efectuó un segundo análisis y se les aplicó una matriz más precisa. A partir de ambos procedimientos se realizó esta reflexión.

Generalidades

Los temas de los discursos, en un 80% de los casos, son expresados por macroproposiciones compuestas; esto es, por macroproposiciones con más de un predicado. Esto implica que los discursos del presidente Uribe tienden a tratar más de un tema a la vez y, por lo tanto, a tener más de un mensaje fundamental.

Los mensajes suelen ser sencillos y memorizables. Pero no están solos sino articulados con otros. Los temas menores en que se descomponen estos macrotemas aparecen retorcidamente mezclados y repetidos a lo largo de sus textos. Son como espirales semánticas y sintácticas; o más bien como trenzas.

Los temas de sus discursos están relacionados con las ocasiones de los mismos, y son derivables de ellas. Pero nunca son la derivación más obvia, sino que podrían parecer secundarios en relación con el evento de que se trata. La relación que hay entre la ocasión y el tema suele ser análoga con la que hay entre el tipo de macroacto de habla al que pertenece evidentemente cada discurso y su tipo de macroacto de habla indirecto. De hecho, el macroacto directo suele ser correspondiente con la ocasión, y el macroacto indirecto, corresponder con el tema.

Es correcto entonces suponer que el discurso presidencial tiene unos temas hijos, elaborados previamente a las ocasiones, y aprovecha éstas para expresarlos.

En todos los casos el Estado es sujeto del tema. En el 60% de los casos es sujeto agente y en las dos terceras partes de este

60% aparece acompañado de otros sujetos que son el Presidente, el pueblo y la comunidad internacional. En el 40% de las ocasiones el Estado es el sujeto paciente que recibe el apoyo de la ciudadanía o de los trabajadores. En la mayoría de los casos en que el Estado es agente, el objeto de sus acciones son los grupos violentos.

De lo anterior se deduce que, contrariamente a lo que cabría esperar de su colaboración con el modelo neoliberal, para el Presidente el Estado es el actor principal de la vida, de la sociedad y de la paz. En el discurso presidencial prima el componente autoritario, patrimonial y policivo sobre el economicista.

En cuanto a los contextos, es fácil observar que el Presidente crea sus modelos de acuerdo con los modelos de contexto de los usuarios de la lengua que son sus inmediatos receptores. De esta manera sus discursos cumplen la función sociolingüística que les corresponde cada vez y logran transmitir un mensaje que va más allá de ese contexto, que se dirige a todos los posibles oyentes, pero que cumple con la forma adecuada.

Ahora bien, cabe encontrar en el discurso de Álvaro Uribe algunas alusiones directas a la paz. Pero éstas, además de ser limitadas en número (proporcionalmente a su locuacidad), también lo son en su alcance. Es decir, se refieren a situaciones demasiado puntuales de “hacer la paz” con tal o cual grupo. De manera que por este camino resulta difícil determinar cuál es la representación social de paz a la que Uribe alude en su discurso y de la que intenta persuadir a sus oyentes.

Al detenerse sobre este punto se nota que el Presidente siempre habla de la paz, directa o indirectamente, como algo que está en el futuro y que anhela. Además, es una condición que no es para él solo sino para toda la sociedad colombiana. Consecuentemente con lo dicho más arriba sobre el tema, esta condición es agenciada de manera privilegiada por el Estado.

La paz en este discurso es concebida, entonces, como una condición. Esta condición es más precisamente un estado o una situación social. Ya que el abordaje frontal de esta condición resultaba esquivo, pareció más acertado acercársele lateralmente. Y efectivamente lo fue.

Lo que se hizo fue tomar las características fundamentales que en el discurso se le atribuyen a ese estado esperado e ir las agrupando en conjuntos semánticos llamados variables X, Y y Z. Poco a poco, gracias a los diversos valores que iban tomando estas variables, fue posible asignarles nombres un poco más específicos: seguridad, orden y desarrollo, respectivamente.

Hallazgos

El discurso es poder. No es solamente un medio para el poder, sino el campo de batalla en que se lucha por él y, a la vez, el poder mismo por el que se lucha. Es una realidad que antecede y trasciende a los autores. Está vivo.

El discurso de Álvaro Uribe, en primer lugar, no es suyo. Uribe es un usuario de la lengua, un hablante que se apropia un cierto discurso y es a su vez apropiado por él. El Presidente pronuncia discursos

sos, pero estos son solamente expresiones (macroestructuras) y realizaciones (macroactos de habla) del discurso en el que navega y al que le imprime, eso sí, su toque personal.

Por lo tanto, el inmenso poder que Uribe maneja con su palabra es anterior a él y le sobrevivirá: es una ideología, una cognición social compuesta de múltiples representaciones.

Es a través de estas representaciones como el poder del discurso se efectúa. Quienes tienen un acceso privilegiado al discurso público —¿y quién más que el Presidente?— lo manipulan para que circulen sus representaciones y modelos mentales preferidos entre sus modelos de contexto preferidos. Y los receptores de este discurso, que también tienen un cierto poder pero en relación asimétrica con el de las élites, adoptan estos modelos del mundo, de sí mismos y de los demás; se dejan persuadir.

Saber usar la palabra es una parte fundamental del arte de gobernar. Entender, construir y reproducir el discurso adecuadamente es parte esencial de la razón de Estado. La forma como Uribe se deja penetrar por la ideología, la personaliza y la transparenta es la clave para su control de las personas y, por lo tanto, del territorio.

Y en una sociedad acostumbrada a vivir en medio de la violencia, cansada pero cómoda con ella, no hay ideología más eficiente que la centrada en la paz. Una paz que todos anhelan pero que pocos tienen claro en qué consiste. Un campo propicio para la manipulación y la persuasión.

Uribe dice: queremos la paz, para alcanzarla hagamos la guerra.

Lo que la mayoría de las personas quiere es poder disfrutar aquello que creen que les corresponde por naturaleza. Y sienten que la violencia les impide hacerlo, a unos más, a otros menos. Uribe les dice: eso que ustedes quieren disfrutar son sus derechos; los fundamentales entre ellos son la vida, la libertad y la propiedad, y se disfrutan cuando hay paz. La paz es el estado social del disfrute de los derechos sin que nadie los viole.

Y la sociedad que desea fervientemente un modelo mental al respecto, lo acepta religiosamente. Y con él, toda una ideología. La ideología de la seguridad, el orden y el desarrollo.

Estos tres elementos son los componentes y características de la paz uribista. La seguridad es la unicidad de la autoridad y poder del Estado. El orden es la colaboración devota de la sociedad civil con este poder. El desarrollo es el crecimiento económico permitido por los anteriores. Estos componentes son presentados como medios para alcanzar la paz, el goce pleno de los derechos de la vida, la libertad y la propiedad-prosperidad.

Hasta aquí queda claro lo que el discurso uribista dice sobre la paz en un primer nivel; y también parece evidenciarse por qué tiene tanta fuerza. Pero este nivel es el más superficial. Existe un segundo nivel, soterrado.

Delicadamente se construye y se asienta la cognición social de que los medios antedichos son exclusivos e imprescin-

dibles. Y como la paz es algo que nunca se ha alcanzado, entonces se debe luchar permanentemente para poner en práctica estos medios. Finalmente, el discurso manejado por el presidente Uribe ha convertido los medios en fines: la seguridad, el orden y el crecimiento económico –no necesariamente redistributivo ni equitativo– son la paz.

Y la paz también es la guerra contra quienes la obstaculizan. La paz es el ejercicio de poder violento. La paz es el fortalecimiento de un *nosotros* que deseamos la paz por la confrontación con los “violentos”, con un *ellos*, un *alter nos*, que es lo contrario a la paz. La paz es la guerra.

La paz de Uribe es la *Pax Columbianæ*, el poder que quiere alcanzar gentes y fronteras. Es la paz expansiva, imperialista de las armas y las palabras. Como la *Pax Romanæ*, que tuvo en su autocomplacencia anquilosante y en su gran atractivo el germen de su propia destrucción.

Existe un tercer nivel del discurso, más subterráneo aún. La paz no solamente es la guerra; la paz, además, es el Estado. El Estado, la guerra y la paz son lo mismo. Los tres fueron la *Pax Romanæ*, y hoy constituyen –o al menos eso es lo que intenta el discurso encarnado por el presidente Uribe– la *Pax Columbianæ*.

El Estado moderno constituye la forma de poder más temible que haya conocido la historia. Él funde dos tradiciones de dominación que hunden sus raíces hasta lo más profundo de la civilización occidental: el poder pastoral, herencia judeo-cristiana perfeccionada e introducida

en la política por la doctrina de policía de los siglos XVI y XVII, y la pertenencia a la polis, herencia helénica desarrollada por la doctrina de la soberanía. Gracias a estos elementos constitutivos, el brazo del Estado puede llegar hasta la totalidad y la particularidad de aquellos que, al tratarlos a la vez como ciudadanos, súbditos y protegidos, él construye como sujetos.

El arte de gobernar es la técnica para dirigir la nave del Estado. Y el presidente Uribe, al ser canal de un discurso dominante determinado, lo que está haciendo es encarnar ese Estado y, más que a él, a la ideología que lo infunde. Esa ideología no es más que la Razón de Estado.

La Razón de Estado es la racionalidad propia y autoexpansiva del Estado moderno. Y finalmente el discurso que Uribe representa, en su nivel más profundo, lo que hace al evocar la paz es reclamar el fortalecimiento –donde ya están establecidos– y el establecimiento –donde no lo están– del Estado y su racionalidad como formas de dominio. La *Pax Columbianæ* no es más que la guerra, constantemente librada, de la Razón de Estado.

Epílogo

No hay que olvidar que las palabras no solamente sirven para dominar. Enunciados y discursos pueden tanto participar del abuso de poder como combatirlo. El ACD se hace desde una perspectiva hermenéutica basada en el interés del científico. Y este analista cree, humildemente, que la palabra también puede ser emancipadora. La palabra cotidiana, sencilla, surgida del padecimiento de los pueblos y de sus sueños es camino de liberación.

Pero la palabra que se resiste, que subvierte, es dolorosa. Nada más irritante que el conocerse y amarse y, por lo tanto, desacomodarse y levantarse. El discurso surgido de los –en múltiples sentidos que desbordan el meramente materialista– marginados y oprimidos, si no es cooptado por las élites simbólicas, continúa siendo marginado y oprimido. La palabra liberadora es rechazada por las mayorías pues les incomoda.

Y entonces es posible decir sobre los sujetos socialmente contruidos, trátese

del común o de las élites, lo que Cervantes, con mirada de Sancho Panza, dijo sobre Don Quijote: “Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pependencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles. Y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo”.⁸

⁸ Cervantes. Op.cit. V.1, P.4.